

La expiación de Elizabeth

Calami



Capítulo 1

Podría haberse considerado como una noche especial, romántica, entre dos amantes seguros del otro. Su atuendo consistía en un vestido negro, el cual acentuaba su figura con un escote profundo y una abertura en la pierna derecha. Era de esos vestidos que incitaban a recorrer con paciencia las partes descubiertas, para luego acabar revelando lo demás; lo que ya se sabía, lo que se podía imaginar, pero que se deseaba con imperante necesidad, como si fuese un paraíso por conquistar. Pero aquella noche, Elizabeth Childs, tenía otros planes.

La cena fue intrascendente. La conversación se basó en las trivialidades del trabajo, las mismas sugerencias de Paul que jamás llegaban a nada, ni mucho menos solucionaban la desolación que éste traía a la vida de Beth. Él no la amaba, y dudaba haberlo hecho alguna vez. Pero no se iba, se aferraba a un objetivo. Y ella, con pesar, prefería su compañía; no soportaba la sensación de abandono que sentía cada vez imaginaba una existencia sin aquel hombre. Hasta ese día.

—¿Puedes mirarme? — Le pidió a su amante. Su tono era delicado, como si temiera que la voz se fuese a romper. — Mírame. ¿Puedes verme? — Añadió, sin súplica, pero consciente de que nunca obtendría lo que pedía. No de él. Sin importar cuanto lo intentara, en sus ojos, ella no existía. — ¿Puedes recomponerme o solo destrozarme? — Continuó, tocando los hombros de la silueta que se negaba a entregarle cualquier indicio de interés. Sus manos fueron descendiendo desde los brazos hasta encontrar refugio en su entrepierna.

— Detente. — El contacto propio de una pareja, no le resultaba atractivo en ese instante. La noche no iba bien y aquello no lo mejoraría. — ¿Qué es lo que quieres?

Como respuesta, Elizabeth le sostuvo la mirada unos segundos, buscando algún vestigio de su propia vida, e insistió. La tela que mantenía cubierta su lencería, cayó al costado de sus hombros, y lo bajó sin dejar de verle. Paul, de manera instintiva, acarició su brazo, conectando con las intenciones de ella.

—Tócame. Tócame. — Lo incitó, guiando su tacto hacia uno de sus pechos, mientras él acomodaba su mano libre en la espalda baja. Ambos encontraron consuelo en la energía que emanaban sus dedos, la fricción de dos cuerpos que nunca aprendieron sus respectivos pasos, pero que lograban coreografiar sus frustraciones, ira y desamor en cada ritmo que emprendían.

El escenario de aquel espectáculo se trasladó a la habitación que compartían desde hacía tres años. Ambos eran dominantes entre las sábanas, pero Paul optó por ceder su mando en aquel momento. Sabía que Beth lo necesitaba, quería complacerla y demostrarle — si es que existiera tal posibilidad, como una chispa en medio de cenizas, buscando oxígeno para no morir — que la quería.

Cuando se dio cuenta de la predisposición de Paul, casi lamentó haber manipulado su bebida. Sin embargo, sabía que, en el fondo, solo estaba siendo condescendiente. Lo maldijo en su interior.

Comprometida con su nuevo rol, dejó que su instinto la guiara en el proceso, aun sabiendo que no tardaría en desvanecerse. Y luego de ello, vendría su verdadera interpretación.

Paul yacía en el centro de la cama, vestido con camisa blanca y pantalones de un traje azul marino. Había iniciado el fingido deseo de deshacerse de esa tela, pero la Detective Childs no tenía tanto tiempo. Fue ella quien sujetó con firmeza los extremos y provocó una ínfima lluvia de botones, dejando al descubierto el cuerpo que, lamentablemente, amaba. Más que a su huésped.

Sus huellas marcaron ese pecho desde las clavículas hasta el ombligo, y un poco más allá. Sobre él, con una pierna en cada lado, se aferró con fuerza. Quería sentir el calor de su cuerpo anhelando el suyo. Buscó con aprehensión su boca, la sedujo y le dejó penetrar en su interior, jugando, luchando, con su lengua. Luego, el sabor de la piel de aquel adversario se abrió paso en sus papilas, mezclado con la humedad que iba dejando a su paso con cortos besos en cada rincón que allanaba.

—Beth. No... no me siento bien.

—Descuida. Solo será un momento. — Le tranquilizó, a sabiendas de que no tardaría en desmayarse.

—¿Qué? Beth...— Y con su nombre, en medio de un susurro, abandonó toda conciencia.

Capítulo 2

Los acordes de una melodía por demás conocida llenaron el espacio que dividía el cuerpo inmóvil del hombre sobre la cama, y la mujer semidesnuda a los pies de la misma. Estaba parada, observando el ritmo de su respiración, tan ajeno a lo que acontecía a centímetros de él, pensando en la música de fondo y lo que sucedería cuando se despertara. ¿Se atrevería a hacerlo? Conocía los pro y contras de aquella premeditación, pero... ¿Realmente podría? Pronto lo averiguaría.

Como antesala de aquel suceso, disfrutó de la confianza que aquel teatro había generado en ella. Incrementó el volumen del estéreo, deseando quedar aturrida, afónica por tan solemne lírica. No tuvo más opción que cantar: — *Did you really think I'd just forgive and forget, no. After catching you with her, your blood should run cold, so cold.* — La primera oración fue pronunciada de modo ausente, lejos de esa habitación. No obstante, la siguiente la arrastró a la realidad recurrente, añadiendo un sentimiento renovado, mirando a su silencioso acompañante. — *You're a fool... If you thought that I'd just let this go.* — Con eso, se dio cuenta que necesitaría mucho más que solo ímpetu y motivación de una venganza para aquel trabajo. Necesitaba alcohol. En medio del clímax inicial de la canción, buscó en su mini bar una botella de vodka e ingirió un largo trago, ignorando el pedido de misericordia emitido por su garganta.— *Now all I see is red, red, red.* — Con la alegría que le proporcionaba el licor, acompañada de la música, tardó unos minutos en reparar que Paul Dierden había abierto los ojos y la observaba con desconcierto y temor — ¡Ah! Cariño. ¿Te gusta? — Negó, esbozando una sonrisa divertida ante su estupidez. La música estaba demasiado alta para que pudiera escucharla y mucho menos podría responderle; estaba atado y amordazado. — Lo siento. Que tonta. — Dijo luego de poner el volumen lo suficientemente bajo para ser escuchada, pero manteniendo el protagonismo que le correspondía. — Supongo que te preguntarás, ¿Cómo llegamos a esto? — Esperó leer una respuesta en los ojos de Paul, pero estos solo comunicaban lo mismo que, ocasionalmente, le hacía saber en voz alta: “estás loca”. Eso, y: “podría matarme si logra escapar.” Pero era lo que menos le preocupaba. Suspiró con impaciencia. — Pues, te lo diré. — Tú y yo sabemos que esto no funciona desde... Nunca funcionó. Pero sí lo quise, ¿Tú no? — Sentada a un costado de él, buscó una respuesta afirmativa en su mirada, pero no la obtuvo. — En fin. Creí que sí, eventualmente, lograba entenderte, no sería tan terrible permanecer a tu lado. Pero... Paul, ¿Tenías que engañarme? ¿De verdad? ¿No era más sencillo irte?

Esta vez, su prisionero cambió el semblante, arrugando las cejas con genuina incredulidad. No porque fuese mentira, sino porque se había asegurado de no generar sospechas, y estaba convencido de que nunca lo descubrirían. Error de principiante. La lujuria contra del ego, siendo aliados y traicionándose al final.

— Ah, ahora si nos entendemos. — Finalizó, satisfecha por la reacción causada.

La canción seguía su curso, repitiéndose una y otra vez, tal como se le había asignado. Cerró los ojos unos segundos, dejándose invadir por las sensaciones de aquella letra que parecía definir la totalidad de su vida. Perdida en sus pensamientos, se apartó de la cama, buscando el arma que había reservado para la ocasión. Volvió a ingerir alcohol, sin experimentar nada en particular, ni las lágrimas que desprendían sus ojos le aseguraban que las emociones fuesen reales, sinceras. No tenían ningún sentido.

De regreso al cuarto, no intentó ocultar los instrumentos que ocupaban sus manos; una botella y un arma eran una abominable combinación. Paul reparó de inmediato en la más letal. No temía morir, de hecho, toda su existencia había sido como una granada en el suelo, preparada para explotar si daba un paso equivocado. Pero, nunca se hubiese imaginado que ese tropiezo — que le llevó a sostenerse en brazos ajenos —, sería el que definiría el reloj de la detonación.

Capítulo 3

—Antes de terminar esta encantadora velada, quiero que me digas el por qué. Yo... — Arrugó los labios, reprimiendo el dolor que solo los corazones rotos entienden, una vez que reconocen que el amor no retornará. Para adormecer esa debilidad, vació la botella y apuntó hacia el objetivo. — ¿Qué había en ella que no pudiste hallar en mí? ¿Hm? ¡Responde! — La risa que emitió sonó con amargura, pero resonó entre las paredes, confundidas por la dicotomía de ambas emociones. — Maldición. Lo olvidé. — Caminó hasta el hombre cautivo y aclaró con firmeza. — Quiero que respondas mi pregunta, Paul. Nada de jueguitos. Si desvías el tema, te disparo. ¿Entendido?

Ante la afirmación de este, quitó la cinta que cubría su boca con mayor delicadeza de lo que ameritaba. Paul mantuvo el silencio, pensando cuánto de cierto había en su amenaza. Una vez que su boca se relajó y encontró alivio en aquella libertad, procedió a entregar su versión.

—Beth, lo siento. Nunca quise que sucediera. Suficiente tenía con querer recomponer, formar adecuadamente lo nuestro. No tenía tiempo para sumarle otro problema, solo... sucedió.

—No es lo que pregunté.

Estaba jodido. Ninguna excusa le salvaría de su inminente destino. Suspiró con pesar, dispuesto a decir la verdad.

—Ella no quería nada de mí. No buscaba amor, compasión ni interés. Solo buscaba sexo casual, adrenalina y algo de pasión. Y para mí era el desahogo de la vida que he llevado contigo. Siempre buscando, exigiendo, lo que no he podido entregarte.

—¿Y por qué no irte?

—Porque me importas. Me preocupas, y no quisiera que nada malo te pasara a causa mía.

—¡Mientes! — La ira le impulsó a acercarse a él y apoyar el frío metal sobre su frente. Las lágrimas cegaban sus ojos, pero no su determinación.

—¿Crees que soy estúpida? — Presionó con fuerza el arma contra la piel. Estaba frustrada, rota, inconsolable. Solo una cosa le ayudaría extinguir sus emociones de manera definitiva. Como último gesto de cariño, liberó a Paul de sus ataduras y se apartó de inmediato. No le daría la oportunidad de arruinarle los planes.

—Escucha, Beth. Podemos solucionar esto. Puedo... puedo alejarme, desaparecer definitivamente si es lo que quieres.

—Es muy tarde, Paul. — Mantuvo la posición del arma hacia él. De pronto, recordó la música de ese inusual funeral y murmuró para sí. — *You're so cruel. But revenge is a dish best served cold.* — Finalizó, con una mirada determinante hacia su ex amante. Y así lo entendió él.

—Beth. Por favor, espera.

—Adiós, Paul.

All I see is red, red, oh red.

Y disparó contra sí misma.